

Enseñanzas de animales

Laura E. Asturias

Diario *Siglo Veintiuno* (Guatemala), 19-I-2002

Desde muy pequeña aprendí a respetar a los animales. Algo que me marcó para siempre fue la vez que, en toda mi inocencia, quise ver cómo nadarían los cochinitos que abundaban en el patio de mi casa y metí muchos de ellos en un frasco de compota lleno de agua. Inmediatamente se convirtieron en bolitas, como lo hacen siempre que perciben peligro. Mi papá, que salía en ese momento, se percató del asunto y me dio un soberano sermón sobre el respeto hacia lo más pequeño o débil.

A lo largo de los años no han dejado de fascinarme las profundas enseñanzas que hay en las vidas de los animales. Por eso miro cuando puedo el canal *Animal Planet*, que no cesa en su empeño de entregar excelentes documentales. Tres de éstos, recientes, me dejaron pensando por largo rato en las similitudes y diferencias entre la especie humana y aquéllos que consideramos “inferiores”.

En uno de los programas, acerca de los lobos en áreas protegidas de Estados Unidos y Canadá, estaba Macuy, una loba que padecía un severo caso de cataratas y se conducía con torpeza. A causa de ello fue aislada violentamente por los machos de la manada y debía vivir lejos de ésta; sólo se acercaba algunas veces, muy tímida, y de nuevo la echaban. Tachi era la loba juguetona, la “obrero” del grupo que invariablemente comía de último. Tras su muerte se observó que los machos, sus constantes compañeros de juego, estaban desorientados y no jugaron en absoluto durante seis semanas.

El otro documental era sobre dos grupos de monos. En uno había un solo macho y un harén de hembras con bebés que él engendró. El pobre tenía que ver cómo arreglárselas para mantenerlas contentas a todas y encima cuidarse las espaldas pues era permanentemente acosado por el otro grupo, conformado en su totalidad por machos, bajo el liderazgo del más agresivo, que buscaba hembras. Tras cada incesante hostigamiento se daba una curiosa dinámica: si ese líder agresivo conseguía acercarse al macho del primer grupo para atacarlo y éste no se defendía como de él se esperaba, sus hembras lo rechazaban. Y luego, cuando aquéllos se habían retirado un poco, él se congraciaba con ellas espulgándolas con actitud humilde. Pero no pasaba mucho tiempo antes que los del otro grupo volvieran al ataque hasta que, finalmente, lo desplazaron y tomó su lugar el agresivo de aquella manada. Y éste, al ocupar el puesto del acosado, empezó a ser atacado por su anterior grupo, ahora liderado por el segundo más agresivo.

El tercer documental trataba sobre unos animales que merecen toda mi admiración, los elefantes, y el perpetuo peligro que enfrentan por las cacerías ilegales y el tráfico de colmillos de marfil. Este programa presentaba a una manada liderada por la elefanta más anciana que, como toda anciana, poseía la memoria histórica del grupo. Conscientes de que sin el cúmulo de conocimientos y recuerdos milenarios que ella guardaba los demás elefantes se desorientarían y serían más vulnerables, los cazadores, en una reproducción moderna de los crímenes de la Inquisición, asesinaron a la matriarca. Ella dio tumbos durante muchas horas antes de desplomarse una última vez, y era desgarrador observar a un elefantito golpeando con su moco el lomo de la anciana muerta, como urgiéndole que se pusiera de pie. Su corta edad no le permitía saber aún que la memoria histórica ya había sido transmitida a las otras hembras y que un día él las seguiría también a ellas por el rumbo irrenunciable que las cosas deben seguir.

¿Moralejas? Tal vez sólo aquéllas para quienes quieran leerlas entre líneas.